

Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Bogotá: Universidad Nacional, 2009

Recibido: 10 de noviembre de 2009. Aceptado: 19 de noviembre de 2009

Desde hace unos años la historia literaria ha venido preguntándose por el proyecto de nación inmerso en la literatura del siglo XIX, en este sentido, la Universidad Nacional de Colombia publica *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*, un libro inscrito en esta problemática que presenta como objetivo central establecer el papel social de las novelas por entregas colombianas y extranjeras en la construcción de la nacionalidad colombiana.

En esta nueva publicación de la historiadora de la literatura Carmen Elisa Acosta encontramos un estudio serio y riguroso acerca del proyecto de nación del siglo XIX basado en la lectura, pero sobre todo en la recepción de las novelas por entregas. Este libro nos invita a pensar tal proyecto del siglo XIX como un modelo importado de ideologías políticas, religiosas y literarias, donde las novelas extranjeras desempeñaron un papel importante, pues como lo demuestra este estudio, no podría pensarse la novela colombiana sin mirar las novelas europeas más leídas por ese entonces en Colombia.

Las primeras páginas de *Lectura y nación* son una síntesis sobre la historia de la prensa y de la novela en Colombia donde se identifica a ambas como portadoras del discurso de nación de la época. Tanto la una como la otra fueron el vínculo por el cual la élite otorgó una función social a la literatura, esta función fue la de construir y transmitir el discurso de nación a los lectores. Retomando a Benedict Anderson, Acosta demuestra en su trabajo que el proyecto de nación decimonónico se basó en la palabra escrita.

En el libro se encuentran tres elementos básicos, el primero mencionado anteriormente, establece el papel social de la novela por entregas en el periodo de cuarenta años de 1840 a 1880 y su aporte al imaginario de la nación. El segundo, esclarece las prácticas de lectura que condicionaron

las relaciones de coexistencia entre la novela nacional y la extranjera: y por último enseña cómo la novela por entregas propuso prácticas de lectura controlada, dada su intención de participar de los discursos religiosos y políticos que intentaban consolidar proyectos de nación.

En este periodo la prensa se encargó de determinar qué era novela, promovió la formación de una literatura nacional, educó al naciente “público” en lo que era el romanticismo, el clasicismo, el costumbrismo y el realismo tanto europeo como el nacional buscando cultivar al lector para generar un culto e ideal de acuerdo con las ideologías de la élite. El periodismo del momento histórico estudiado por Acosta fue movido por las ideas políticas y religiosas que trajeron consigo fuertes censuras, como la prohibición de ciertas lecturas a las mujeres pues estas podían llegar a ser nocivas para la buena moral. Como lo argumenta la investigadora al mencionar que:

[...] la construcción de la base moral se fundamentó en la familia y la mujer, como guardiana de los principios. Pero, a la vez, se planteó que su carácter la hacía más propensa a caer en situaciones peligrosas, dada su curiosidad extrema, su inocencia, y su tendencia a perder el tiempo y el buen juicio en la lectura de novelas (119).

Este último argumento autorizaba a los redactores y escritores a modificar las obras traídas del extranjero y que las colombianas siguieran las normas establecidas de moral y decoro y que no fuera en contra del proyecto de nación.

El libro está estructurado en tres partes, la primera “Lectura: publicación, prensa y novela”, donde la investigadora aborda el tema de la lectura haciendo un recorrido por la historia y la conceptualización de la novela en América desde la Colonia hasta el periodo en cuestión. Esta parte enseña las formas en las que se publicaron las novelas como semanarios, diarios y periódicos los cuales eran esperados ávidamente por los lectores del siglo XIX. Estos medios cumplieron la misión de seleccionar, clasificar o legitimar los elementos en la construcción de un imaginario sobre la nueva realidad que trajo consigo la independencia. La mayor parte de las novelas salieron en publicaciones que declaraban ser solo de carácter literario; sin embargo, también hubo un buen número de publicaciones de carácter político o religioso que transmitían sus ideas a los lectores. Los editores intentaron intervenir de esta manera en las actitudes de los lectores, y fue

allí mismo donde presentaron sus propuestas acerca de lo que era la novela y lo que debía ser leído.

Según Acosta, la novela es un género que se transforma en el tiempo; para demostrarlo retoma las concepciones que la historia de la literatura colombiana ha dado, citando para el efecto a José María Vergara y Vergara y a otros escritores españoles que se encargaron de definirla y realizar un canon. En las diferentes reflexiones que se hicieron en el siglo XIX en Colombia acerca del género, es notable que para ellos contaba la temática, su labor social en cuanto a la moral y las buenas costumbres, y su papel frente a la creación de un imaginario de nación. En estos puntos la escritora se detiene, bajo el subtítulo “Nuestro siglo XIX”, y cita algunas de las reflexiones dadas por los editores en las publicaciones periódicas, en este donde manifiesta lo que expresaron acerca del romanticismo y la novela frente al proyecto nacional. En otro subtítulo, “Novela y censura” expone lo que se dijo frente al género y la norma y cómo fueron consideradas algunas expresiones literarias como perjudiciales para la moral cristiana.

La segunda parte del libro llamada “Novelas que invitan a leer” discute los tipos de novelas existentes durante el periodo, los narradores, y hace énfasis en los temas y problemáticas que trataban las novelas y su relación con el proyecto de nación tanto de liberales como de conservadores. La autora estudia aquí los prólogos de las novelas publicadas por entregas, texto que se usó como estrategia para la transmisión de ideas, así como para introducir al lector en el ambiente físico y espiritual de la obra: “El prólogo dirige la lectura, le marca sus primeros límites y la expone como una reflexión que el autor generalmente desarrolla sobre su obra y la mirada que debe realizarse sobre ella” (125). Este elemento le dio al autor credibilidad y su voz constituyó la única realidad del relato. Acosta selecciona algunas novelas cuyos prólogos se ajustaron a ese diseño y las relaciona con las novelas históricas publicadas por la época, donde la voz del autor fue de suma importancia y en las cuales el prólogo sirvió para demostrar la veracidad de las fuentes que sustentaban la novela.

En las 151 novelas revisadas por la investigadora se pueden encontrar diferentes tipos de narradores, están, entre otros, aquel que es testigo de la historia que se desarrolla, el que es narrador-personaje y el que narra en tercera persona asumiendo una postura omnisciente, siendo este último el más empleado por ser el más idóneo para las novelas históricas que predo-

minaron durante este tiempo. La figura del narrador tuvo entonces un papel de suma importancia en la narrativa del siglo XIX, estos no solo contaron historia sino que desarrollaron temáticas que transmitieran formas de pensar y concepciones de la vida a sus lectores.

En la última parte, “Nación, lectura e interpretación”, se discute la figura que adquirió el lector, el lector ideal y a quiénes iban dirigidas las novelas, pues como afirma Acosta, estas publicaciones buscaron generar efectos en el lector e intervinieron en la forma como este debía ver el mundo, es decir, se convirtieron en educadoras, en este sentido argumenta la investigadora que: “La lectura participó de un espacio social determinante en la educación, con lo que se constituyó en una actividad de socialización de las ideas y un criterio de identidad” (212). Tanto liberales como conservadores compartieron esta idea acerca de la prensa y la novela como medio de educación. Otro objetivo de la élite letrada para alcanzar la construcción de la nación fue la de crear una literatura nacional, para esto se tuvo que recurrir a literatura extranjera que formara a los lectores pero que a la vez inculcara en ellos aspectos morales, generando un diálogo de lo nacional con lo extranjero, razón por la cual se imprimieron novelas francesas, inglesas y españolas en su mayoría que sirvieron de escuela a los nuevos escritores nacionales; acerca de esto manifiesta Acosta: “Crear discursos sobre Europa fue una etapa esencial en el proceso de afirmación nacional. Dichos discursos se lograron con la publicación de obras extranjeras y la construcción del imaginario europeo en las producciones nacionales” (232). Las últimas páginas de la tercera parte abordan la relación entre la literatura nacional y la extranjera y la influencia de esta última en la formación de la lectura nacional y del proyecto de nación generado a partir de la comparación con lo extranjero.

Al concluir la lectura de este libro, queda claro que el estudio fue fructífero y que aún hay mucho por investigar, allí la escritora presenta algunos eslabones pendientes, los cuales constituyen un significativo caudal de posibilidades para nuevos investigadores que se atrevan a responder las preguntas que la misma autora deja abiertas en su libro. Entre las cuestiones por resolver a futuro están ¿Quién lee? ¿Qué lee? ¿Quién se encarga de decidir qué debe o puede leerse? Por mencionar solo algunas. El libro incluye algunos anexos donde se encuentra una muestra del material seleccionado para la investigación. Por todo lo anterior es claro que

Lectura y nación constituye un excelente esfuerzo en la investigación de la historia de la literatura colombiana, pero sobre todo en la historia de la lectura en Colombia, siendo esta última una problemática que se ha venido estudiando tan solo en los últimos años. Por lo tanto este texto es un aporte necesario para quienes piensan en el pasado literario de nuestro país y una base para futuras investigaciones acerca del mundo literario de Colombia durante el siglo XIX.

Tatiana Pérez Robles
Estudiante de la Maestría en Literatura Colombiana
Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia